

Tina

la gata citadina

Ilustraciones por Jorge Macías





Alba Nora Martinez. Tiene dos hogares, uno en Monterrey N.L., México y otro Tucson, Arizona. Dedicó todo su tiempo a escribir, leer, a ilustrar libros, y a pintar.

Este libro se lo dedicó a su hija Albin quien inspiró el cuento. Si quieres enviarle un mensaje la puedes contactar en hijasdelassirenas@gmail.com.



Jesús Ancer Rodríguez
Rector

Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta
Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono: (5281) 8329-4111 / Fax: (5281) 8329-4095
e-mail: publicaciones@uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Primera edición, 2012
© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Genaro Huacal Torres
Impreso en Monterrey, México
Printed in Monterrey, Mexico

TINA LA GATA CITADINA

Para Albin que trabaja con libros



Tina es blanca. Blanca. Lo que se dice blanca. Sólo tiene un pelillo negro en el lomo, pero como el pelillo se le esconde, bueno pues, Tina es ¡blanquísima!

Para Tina, una gata de ciudad, eso de cazar ratones no es una actividad en su lista de diversiones, pero lo hace porque sabe que es su obligación cuidar a Albin y mantener la casa libre de bichos.

Tina siempre chismea y habla mal de los ratones: “Son unos pillos esos bichos”, dice Tina, torciendo la boca y cerrando los ojos, en ese instante los bigotes le vibran como si fueran antenas eléctricas.

Hace poco más de un año, para disgusto de Tina, El Grandote vino a vivir a su casa. “Su único mérito es, es... ser perro de ciudad”, piensa Tina, negando que El Grandote es un buen tipo, aunque a veces sea un poco alborotado y cuando ladra parece que tiene tos.





Y no termina ahí ese asunto, a cada minuto Albin le dice: “Tinaaa, es tu hermano”. Rufino, sí, El Grandote, es un mastín francés. Cuando El Grandote era bebé pretendía, que digo pretendía, insistía en jugar con Tina. Pretensión o insistencia que a Tina no le parecía divertida y de hecho la ponía de un humor, nada menos que de perros, pues como ustedes saben: “una gata citadina tiene sus maneras, costumbres y bueno, bueno, su educación”, se disculpaba Tina, después de verse obligada a ponerle un alto a El Grandote con un manotazo en plena cara.

“Tinaaa, es sólo un bebé y es tu hermano”. “Sí, claro. Este bebé está enorme, mucho más grande que yo. No es mi intención ser presumida, pero soy muy ágil y mi trabajo me cuesta. Menos siestas y más ejercicio. Saltar por aquí y por allá para mantener mi condición física.

Sin embargo, me alegro de haber marcado los límites a El Grandote. Me tomó dos o tres manotazos, de los cuales solamente uno fue de mis famosos y temidos “uña de fuera”.

En poco tiempo, menos del que a Tina le hubiera gustado, El Usurpador se convirtió en verdadero mastín francés de peso completo. “Imposible imaginar qué tan grande es”, comenta Tina divertida y un tanto malévola, cuando chismea con sus amigos.

Con el paso del tiempo, Tina se ha resignado a la compañía de El Grandote, y por algunos momentos lo empieza a sentir simpático.

Ayer fue uno de esos días; cuando la despertó de su siesta matutina, Rufino empezó a convertirse en su aliado.

Daba tales ladridos ese Rufino, que Tina tuvo que despertarse “¡Ay qué lata con El Grandote, seguro quiere hacer

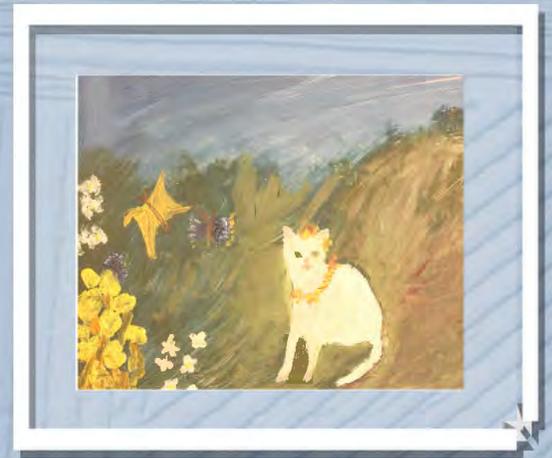


ejercicio. Justo ahora ¡Qué no ve que estoy tratando de relajarme después de mi rutina de yoga!”, se quejó Tina, y regresó a su relajamiento.

A Tina le tomó sólo un instante volver a soñar que corría y saltaba en un pasto verde con flores y mariposas a las que perseguía sólo por el lindo gusto de asustar. Tina tiene sueños primaverales, sobre todo después de su rutina de meditación Zen que termina con arqueo de lomo.

Pero dale que te dale con El Grandote, ladra que te ladra que te labra con su: “Levántate Tina”. “Bueno, por qué no entiende. Ya le he explicado que tengo mis costumbres. Si no le hago caso, este tipo es capaz de tirarnos la casa”.

Tina, más dormida que despierta, camina detrás de El Grandote hasta el sótano. Lugar al que por cierto Tina solo visita cuando quiere retozar a lo salvaje. “Puede ser mi otro yo, lo que





me provoca la añoranza de los ruidos de la selva y me permite convertirme en un jaguar mexicano”. Tina no sabe qué es, pero a veces le brota su natural salvajismo que contradice las refinadas costumbres de una gata citadina.

De esas visitas al sótano Tina sale transformada en una empolvada gata de color gris. Siento tener que decirlo: Tina no puede evitar ese juego que es como el llamado de la selva. Tina va por las aventuras, sabiendo que Albin le recordará: “Tina, te he dicho que no juegues en el sótano ¡Ahora tomarás un baño!” ¡Tina odia los baños, especialmente los aceitosos y perfumados! Tina duda ¿Entro o no entro? ¡¡¡Ay!!! Rufino, El Grandote, insiste, como siempre, este perro sí que

sabe insistir. Tina comprende al fin ¡Sí! Está sucediendo algo peor que vivir con El Grandote. Entonces Tina olfatea el peligro y sus sentidos salvajes la hacen reaccionar. “¡Hay otro de esos! ¡Cómo se atreven! Nada menos ayer, tuve que cazar a su pariente”. Tina, ahora ya despejada y llena de vida se dice a sí misma: “Es que los ratones me sacan al jaguar mexicano salvaje que una gata citadina lleva adentro ¡Vaya con los bichos! Es que los ratones



no escarmentan. Pues sí, el hambre o la curiosidad, el calorcito de nuestro hogar, vaya usted a saber qué hace que los ratoncillos regresen”.

No sé si fue la suerte, o es un talento para cazar. Puede ser una habilidad heredada o un reflejo, que sé yo. Tina persiguió al ratón, pero en el segundo intento se le escapó. Y mira que nada de ratoncillo. Era un señor ratón. Quizás un honrado padre de familia en busca de comida.





Después de la aventura Tina entendió que Rufino es noblote y claro que sí admira y quiere a Tina como se quiere a una hermana mayor. Si a veces se pone pesado solo es porque le hace mucha gracia ver cómo Tina se estira y salta con elegancia.

Después de corretear al bicho, Tina regresó a su relajación pensando: "A ver si así, con mi ejemplo Albin, que se pasa los días escondida entre libros, aprende de una vez por todas a echar fuera a los ratones. Todo se le va en salir de la casa con sus papeles y sus bolsas. Cada vez que Albin ve un ratón se pone como loca, se sube a las sillas y aterrorizada me llama a gritos pidiendo auxilio. Pero si no hay nada más fácil que cazar un ratón. Ojalá le den ganas o le brote el gusto de escarmentar a los bichos. No importa, no importa, que sólo sea un humilde y hambriento ratón de biblioteca".



Indianapolis,
Invierno 2002

